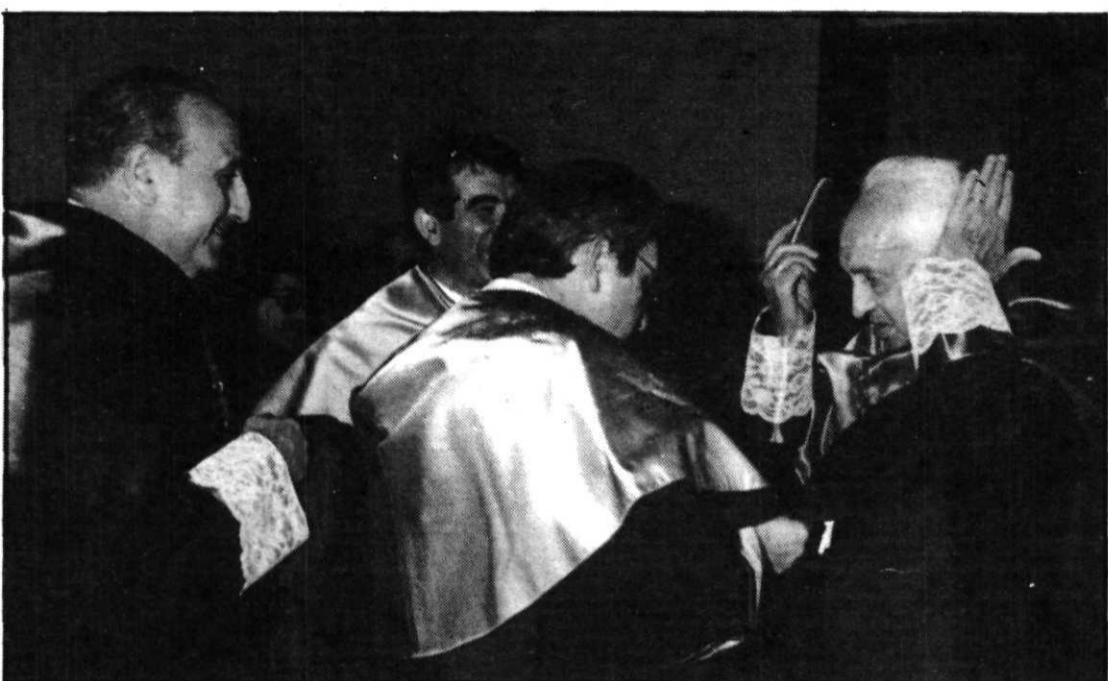


Valladolid



El Profesor Ochoa momento antes del acto de investidura y tras visitar la Biblioteca de Santa Cruz. (FOTOS HENAR SASTRE)



Pío del Río Hortega y la revolución biológica, temas del discurso de investidura

Severo Ochoa, Doctor «honoris causa», escribió una página histórica

Maribel Rodicio. VALLADOLID

Pronunció su juramento en latín. Contagió de admiración y ternura al público que desbordaba el Paraninfo y la auxiliar Aula Mergelina. Y mereció los más largos, cálidos y enfervorecidos aplausos de los que el Paraninfo pueda tener memoria. Severo Ochoa recibió ayer el máximo galardón que la Universidad de Valladolid otorga a los elegidos. Y al aceptarlo, escribió una de las más brillantes páginas de la historia de esta centenaria institución académica.

El solemne acto de investidura del Premio Nobel como doctor «honoris causa» en Bioquímica, se inició a las doce de la mañana, pero la jornada de Severo Ochoa había comenzado antes, dos horas antes, cuando, desde el Colegio de Santa Cruz, donde había pernoctado, se dirigió hasta el Rectorado, para cumplimentar a su titular, firmar en el Libro de Oro de la Universidad y realizar una breve visita a las dependencias.

Parco en palabras, pero elocuente en el gesto, leyó con interés las firmas de sus predecesores, ensayó con voz firme la fórmula latina de su promesa, se probó el sello de su galardón y visitó, con auténtica unción, la restaurada Biblioteca Histórica.

«Con orgullo y profundo agradecimiento, a la Universidad de Valladolid por la alta distinción de que me hace objeto, y con la gran satisfacción con que la investigación en las ciencias de mi área, las ciencias biológicas, se desarrollan en la misma. Finalmente, en recuerdo de una gratísima visita», escribió el profesor Ochoa en el Libro de Oro, minutos antes de encaminarse hacia la sala de profesores de la Facultad de Derecho para iniciar el ritual de su investidura.

Elogio y petición

Cuando el Claustro hizo su

entrada en el Paraninfo, ocupaban el sitio de autoridades el delegado del Gobierno en Castilla y León, el alcalde de la Ciudad, gobernador militar, arzobispo de Valladolid, presidente de la Diputación, presidente de la Audiencia, delegado regional de Hacienda y otras autoridades.

Tras la lectura del acta por el secretario general de la Universidad, éste y el decano de Ciencias, salieron a buscar al doctorando que, acompañado por su padrino, el profesor Recio, fue recibiendo en pie por los presentes.

José María Recio Pascual, abordó el elogio y petición a favor de Severo Ochoa, trazando una cuidada biografía profesional y humana del investigador, no sin antes aludir al peso histórico de la Universidad vallisoletana, heredera de la Palentina y que entre sus licenciados cuenta con Quevedo o Menéndez Pidal.

Refirió pormenorizadamente los sesenta años dedicados a la

investigación por Severo Ochoa, en ese periplo entre España, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y otra vez, felizmente España. Habló de sus descubrimientos más importantes hasta llegar al del código genético. Y dibujó su perfil humano, coformado de seguridad en sí mismo sin arrogancia, honestidad, bondad, amor a la belleza, dándole la bienvenida al Claustro vallisoletano en el que le desea una larga permanencia.

Investidura y discurso

El rector impuso a continuación el birrete laureado al doctor «honoris causa», entregándole su padrino el resto de los símbolos, libro de la ciencia, anillo y guantes blancos.

Las primeras palabras del científico, rotas por la emoción, fueron para la esposa ausente: «Que satisfacción hubiera sido para Carmen, la compañera y luminaria de mi vida, haber

compartido conmigo estos momentos». Para después, recorriéndose por segundos, dedicar la primera parte de su breve intervención a Pío del Río Hortega «una de las personas a quien más he querido, admirado y respetado». Elogió la figura del histólogo, formado en esta Universidad, destacando sus virtudes humanas y profesionales, sobre todo la bonhomía de un castellano por los cuatro costados, más castellano si cabe, por ser propietario del castillo de Portillo. Recordó los tiempos de convivencia en Oxford, también con Paulino Suárez, ex director de la Institución Libre de Enseñanza, compartiendo ideas, amistad y «comunidad de sentimientos por la tragedia en que unos insensatos habían sumido a nuestra patria». Y se refirió al testamento de don Pío en Londres, legando el castillo a la Universidad de Valladolid. «Hay dos lugares, Portillo en Valladolid y Petilla, en Aragón, donde nació Ramón

y Cajal, que quiero visitar. Aún no he tenido ocasión de cumplir este deseo, pero espero poder llevarlo a cabo».

Entre sus antecesores en el grado de «honoris causa» mencionó a la Reina Doña Sofía y a Miguel Delibes «a quien admiro y uno de los escritores que con más gusto leo».

Se refirió por último a la revolución biológica del momento actual, al poder sobre la naturaleza de esta ciencia, al progreso de la enzimología y al mundo nuevo del clonaje que parte del DNA. A las células bacterianas y las proteínas logradas por síntesis y de vital importancia para la humanidad, como la insulina o la hormona del crecimiento, para finalizar señalando que tras lo ocurrido en los últimos 15 años, los próximos van a ser apasionantes, «el único motivo de pesadumbre para quienes no vamos a alcanzar esos tiempos».

Bienvenida

Tras jurar su cargo en latín, recibir la medalla y abrazar al rector y al Claustro en las personas del padrino y el decano, intervino Fernando Tejerina para dar la bienvenida al nuevo doctor: «Con él este Paraninfo adquiere la categoría de templo de la sabiduría en expresión rotunda del rector Unamuno para definir la Universidad. La personalidad científica desbordante del profesor Ochoa, que con rasgos ciertos ha evocado su padrino, me da licencia para sortear la tradicional armadura de la intervención de bienvenida». Habló de la apuesta clara del profesor Ochoa por el carácter interdisciplinar de las ciencias y por la flexibilización de los «currícula», tan necesaria y anhelada. Y tras recorrer su vida de investigador manifestó el júbilo que para la universidad vallisoletana supone su incorporación al Claustro con la que «expresamos el reconocimiento de esta comunidad a su limpia y asombrosa ejecutoria científica y la confianza de que su incitante ejemplo y sabiduría será un revulsivo para nuestro quehacer».

El Coro Universitario interpretó el «Gaudeamus igitur» y el cuarteto Alcores interpretó un magnífico concierto en honor de tan importante profesor.

Y detrás, el hombre

A veces, por circunstancias puramente temporales o profesionales, se nos es dado vivir acontecimientos, o conocer a personas que, por su importancia o categoría, marcarán de una forma definitiva el devenir. Junto a Jorge Guillén, Sánchez Albornoz o Ramón Carande, hoy tengo que añadir a la nómina más íntima de mi almario a Severo Ochoa. Y que no me pregunten el puesto que cada uno de los citados ocupa.

Su imagen física impone, por esa conjugación perfecta de elegancia y sencillez, de normalidad y grandeza. El fuerte labio inferior, la nariz prominente y la frente perdiéndose en altura despejada, que se corona de nieve, coforman una cabeza que no hubieran mejorado los clásicos. ¡Qué fuerza!

Tallo espigado y firme que ni los años doblan, aunque los acompase con bastón, cuya empuñadura tiene forma de cachaba. La boina, calada del lado derecho, haciendo vuelo a la izquierda, colocada cada vez con movimiento preciso. Y ese dejo de coquetería, retocando el cabello albo, cada vez que se descubre. Su impecable vestir, que deseo soñar como homenaje eterno a su compañera, a Carmen, a su esposa, presente en todo su acontecer, aunque la muerte la haya ausentado hace apenas año y medio.

Su respetuosa devoción, contemplando piedras, salas o cuadros en el Rectorado, antes de firmar en el Libro de Oro, o al ensayar su juramento en latín, que mereció el «cum laude» de un experto en la antigua lengua eclesial.

Pero el impacto fuerte ha sido tener el privilegio de contemplar al científico universal, prendido de las ilustraciones del Beato, escuchando con actitud reverente las explicaciones de la joven experta de la Biblioteca Histórica de Santa Cruz. La retina se ha transformado en cámara de vídeo, entrecruzada de escalofrío. El consagrado de la ciencia molecular enganchado, como un colegial hambriento, de la magia de esas páginas seculares, de su significado. ¡Qué grandeza!

Luego, en el corto camino de Santa Cruz a la Universidad, buscando en sus bolsillos un bolígrafo, con un peso de infinita ternura en los ojos, para estampar su firma en la libreta de una jovencita que le ha reconocido. ¡Qué humanidad!

Chapó, señor Ochoa. Aún me dura el temblor. Las circunstancias me han hecho afortunada. Constató que los grandes hombres, los mejores, usted mismo, están hechos de una pasta especial.